

LABERINTOS: transcurso por las señas del sentido

Todo proyecto sociopolítico supone unos implícitos culturales e ideológicos que hacen factible su comprensión, su análisis y su sentido. Un proyecto cuya esencia es su dimensión ética y configuradora de una subjetividad histórica

Pensamientos afectuosamente dedicados a Andrés Ortiz-Osés, en su feliz jubilación de sus tareas académicas, pero no de su admirable magisterio, hecho de luz aforística y encarnación de otro horizonte existencial: una escritura creativa plena de sabiduría y tensión, provocativa y audaz, siempre innovadora de una concepción de la vida y el vivir fraterno

El pensamiento sólido, innovador y propositivo de Maurice Halbwachs nos anima a llevar a cabo los siguientes pensamientos, muy concordantes con la estructura dinámica de sus invenciones conceptuales y proyectos científicos: el sentido de *Los marcos sociales de la memoria*.

El significado de un proyecto político fundamentado en una dimensión ética de la realidad social, configura, por una parte, una precisa subjetividad histórica y, por otra, supone una expresión implícita tanto cultural como cosmovisionaria, esto es, unos valores percibidos como imagen de la excelencia humana y comunitaria. Por lo cual, si queremos entender el contenido de un determinado horizonte político, hemos de profundizar en el conocimiento previo del contexto general y particular. Él nos aporta la organización de la convivencia y la figura de las relaciones afectivas y valorativas, pero, sobre todo, la estructura íntima de una subjetividad concreta. Ésta se nos muestra en todo su vigor experiencial, como realidad socializada o aculturalizada.

El tema que hoy ofrecemos, como reflexión y debate, nos exige adentrarnos en aspectos claves de la subjetividad construida socialmente y en su experiencia histórica, y descubrir aquellos elementos que la configuran de forma propia, original, íntima e inconsciente.

Dichos elementos son, entre otros:

- La dimensión ética.
- La cultura como forma configuradora de la vida.
- El proceso de cambio constante, en tanto proceso que deconstruye la socialización inicial, sus valores y referencias.

Por lo cual vamos a desarrollar brevemente tres aspectos de este tema:

1. La dimensión ética de la construcción social de la subjetividad.
2. La cultura afectivamente próxima que da forma y contenido a toda subjetividad y experiencia.

3. La posibilidad de entender la vida humana como proceso, cambiará el contenido histórico y el sentido de la socialización originaria.

Conclusión: la vida enfrentada a la indeterminación; la construcción azarosa del porvenir.

1. La dimensión ética de la construcción social de la subjetividad

La indagación intelectual, cognitiva y experiencial de un proyecto socio-político, únicamente será comprensible, analizable y capaz de dar significación y sentido, cuando descubramos los implícitos culturales e ideológicos que lo soportan. Ellos sostienen la estructura de la subjetividad y la realidad significativa, simbólica y material, de su contexto socio-cultural y valorativo. Todo ello dinámica y hermenéuticamente interiorizado.

En consecuencia, podríamos partir de la siguiente afirmación: la construcción de un sujeto, básicamente dice relación a un contexto socio-político e ideológico, es decir, apunta siempre a una diversidad cultural. Por lo cual nos hemos de referir a una pluralidad de modelos, de mundos y proyectos. Bajo este aspecto, es importante conocer las cosmovisiones inconscientes o aquellos valores que dan origen, de hecho, a nuestro modo concreto de percibir la realidad. O también, nos facilitan un modo determinado de ser diferentes y singulares, y asimismo, practicar un estilo de vida y gustos cotidianos extraños a lo habitual en ese entorno cultural.

De todas formas, hemos de entender que la cultura no se nos manifiesta a través de un único concepto, sino que hemos de comenzar por comprender la multiplicidad y diferencias de sus contenidos, acentos, tonos y sentires. Todo ello, es lo que nos permite y facilita pensar lo humano como algo radicalmente diverso y, más allá del medio natural. Pero, sobre todo, las funciones específicas del ser humano en la historia del cosmos y de su experiencia cultural. En concreto, descubrir aquellos valores que gobiernan nuestra vida e imaginación, el tiempo todavía por venir.

Lo que en verdad importa es ser capaz de romper cotidianamente con la facticidad e imposición rotunda de los hechos, como cosas y argumentos definitivos de vida y de percepción de la realidad. Lo interesante, capaz de aventura y sorpresa, es entender que hay otras posibilidades todavía inéditas, cuya emergencia es posible en tanto novedad inesperada. Encontrarse con la maravilla de una visión que nos muestra todo aquello que está aún por realizar, abierto a un horizonte, a diferentes determinaciones y posibilidades reales. De este modo, nos es factible descubrir que lo posible es más potente que lo ya factual, que aquello que se nos impone como hecho y realidad.

En síntesis, pensar radicalmente la sociedad y crear aquella imagen capaz de iluminarnos la vida, es lo que afirma nuestra experiencia, nuestra inteligencia operativa y nuestros hábitos y empresas o proyectos socio-históricos.

En este punto es necesario afirmar que la dimensión ética que acompaña siempre el desenvolvimiento progresivo o ambiguo del dinamismo personal y social del ser humano. La ética es el espejo en que nos miramos en la otredad íntima, la forma social que nos configura y enfrenta a la alteridad vivida.

La dimensión ética centra toda nuestra actividad y calificación en el concepto y percepción de la otredad. Nuestra imagen del otro es lo que nos constituye en humanos o nos encamina hacia la ausencia definitiva de alteridad humana. Y entonces, nos quedamos en el margen de la historia y de la cultura, instalados en el mal o la inhumanidad.

Erich Neumann nos plantea con suma claridad y hondura el problema de la ética, pero especialmente uno de sus temas más ocultos y escondidos: la cuestión del mal del que nadie nos ha hablado. Siempre hemos aprendido que este ámbito de realidad perte-

nece a lo extraño, a lo otro, a quienes matan o exterminan a la gente. Ahora son ya los sociólogos quienes se refieren al problema de la ambigüedad, para señalar que todo ser humano tiene delante de sí dos caminos frente al ejercicio de su libertad: una dimensión positiva o bien negativa frente al otro. Maite del Moral dice en el prólogo al libro *Psicología profunda y nueva ética* (E. Neumann): «es quizá uno de los análisis más lúcidos que se han hecho acerca de cuestión tan esencial como es el problema del mal». Y se refiere a un texto muy importante de Erich Neumann en el que se expresa con absoluta contundencia y claridad. Dice con gran sensibilidad: «está ligado al mal todo aquel que ha visto y no ha actuado; todo aquel que ha desviado la mirada porque no quiso ver; todo aquel que no ha visto aunque lo hubiese podido hacer; pero también aquel cuyos ojos no han podido ver».

Y continúa su comentario Maite del Moral. Las fuerzas impetuosas del mal es necesario buscarlas en el inconsciente, donde ellas habitan y nos poseen, «para que podamos dejar de ser sus esclavos y aprendamos a utilizarlas como ayuda constructiva en nuestro desarrollo individual y social.

»Cuando se da una crisis de valores y no hay ya instituciones que nos respalden como guía y apoyo confiables, no queda más remedio que volver la mirada en soledad hacia nuestro interior. Allí, es preciso tener el valor de mirar de frente a la verdad y soportar ver nuestro rostro reflejado en el espejo de la Medusa.»

Creo que la lección más importante que hoy es preciso entender, es que somos de la misma materia y estamos hechos de las mismas posibilidades y argumentos que esos otros a quienes no queremos aceptar como semejantes: los malditos, los inhumanos, aquellos que ya únicamente pueden habitar en la zona gris. Tener conciencia del mal, nos ofrece la posibilidad de encontrarnos con el diálogo, la conversación y la capacidad de comprender a quienes practican, en nuestro concepto, el mal, el horror y destruyen toda aquella imagen positiva que se halla en el ser humano.

Pero quizás podamos descubrir múltiples raíces del mal en nuestra cultura vivida y en las formas concretas de nuestra socialización.

La socialización se inicia en nosotros a través de personas significativas y con las que nos encontramos vinculados por el afecto. Afectos, que por otra parte, determinan el sentido de nuestra vida, la percepción de la realidad y nuestra sensibilidad para captar la presencia del otro en el contexto social. Otra manera de nombrar el mal es verlo como Sombra. Y así dice Maite del Moral que «la Sombra proyectada se vuelva persecutoria, pues siempre viviremos amenazados ante la posibilidad de ser atacados por el mismo mal por el que nosotros hemos atacado. Este mecanismo desempeña un papel fundamental en las guerras, donde el enemigo es siempre el portador de la Sombra proyectada». Pero es importante lo que a su vez nos dice Erich Neumann: «todo pueblo se considera, durante la inflación de la buena conciencia, idéntico a los valores supremos de la humanidad, se identifica con ellos y ruega con la más tranquila conciencia a *su Dios*, como contenido conceptual del lado de la luz, que le otorgue la victoria».

Superar el mal requiere mirar hacia el interior de uno mismo, hacia el silencio y la soledad, donde habita lo más auténtico y escondido de nosotros: la presencia de la otredad que nos interroga a la luz de la conciencia social, en su precisa dimensión de alteridad. De este modo, «mirar hacia el interior, explorar lo desconocido, asumir el propio mal y dejar de colocarlo en los otros, rescatar nuestro bien y buscar la integración de ambos, resulta imprescindible para encontrarnos *centrados*. Y sólo desde nuestro centramiento individual podremos hacer una sana aportación a esta colectividad nuestra tan necesitada de ello». Y finalmente, nos dice con gran lucidez Erich Neumann: «la comprensión cada vez mayor de la limitación humana en general debe conducir y conducirá durante los próximos siglos a un creciente sentimiento de solidaridad entre los

hombres y al reconocimiento de la estructura humana como algo profundamente unitario a pesar de las diferencias».

La socialización y la cultura vivida, aprendidas afectivamente, encierran en sí mismas, a la vez, la luz y la tiniebla, la ceguera y la visión, la posibilidad y el límite. Radica ahí el modo de ser y estar nuestra naturaleza en el ámbito de la historia, esto es, somos seres profundamente ambiguos. En definitiva, estamos abiertos a múltiples caminos. Pero únicamente dos se nos presentan en forma problemática: la decisión de aceptar o rechazar nuestra dimensión de alteridad. Habita en ese ámbito la ética del límite y de la posibilidad. Por lo cual siempre estamos exigidos, en el proceso del tiempo, de caminar hacia una cultura alternativa en permanente cambio. El nombre de la ética será siempre el contenido y la significación de la alteridad, la experiencia histórica de su vivencia y referencia íntima a la otredad.

2. La cultura afectivamente próxima da forma y contenido a toda subjetividad y experiencia

Quizás una primera idea que convendría tener en cuenta es que todo comportamiento individual o social, expresión de valor o cosmovisión humanas, son el resultado y la consecuencia inmediata de una cultura subjetivamente vivida e incorporada a la íntima entraña de la carne. Por consiguiente, si entendemos que algo no nos gusta y deseamos modificarlo, se ha de transformar la cultura que de hecho es matriz de ese problema, conflicto, conducta inadecuada o, incluso, cuestionar toda una comunidad o grupo social que actúa de manera agresiva o exterminadora de la otredad.

Todo hacer y toda praxis es fruto de una cultura, también la violencia, la guerra, las conquistas y la imposición mediática de las ideas en sentido homogeneizador y excluyente.

Lo que hasta ahora hemos llamado revolución política o cultural no se ha abierto, todavía, al cuestionamiento de la cultura implicada, cuya presencia invisible se hace límite y ceguera de un posible proyecto de transformación social. Por eso mismo, la mayoría de veces, los impulsos renovadores de la sociedad duermen como semillas que caen en el surco y mueren; pero siempre en espera de una próxima resurrección.

Hoy ya tenemos claro que no basta con querer el bien, conocerlo o elegirlo para que éste logre sus objetivos pragmáticos, ni que el mal moral y cívico deje de aparecer en el horizonte de nuestras vidas.

Hay un límite invisible que prohíbe verificar los deseos. Existe una intimidad enquistada en ciertas ideas, sentimientos y visiones ideológicas que nos ciegan y paralizan frente a la diversidad de la presencia del otro. Radica ahí, precisamente, el permanente conflicto entre ética y política. Pero ninguna concepción valorativa puede eludir el compromiso y la dimensión política. Caeríamos en lo que se ha llamado la «falacia socrática». El bien no se nos manifiesta desde la raíz de la razón sino desde la lógica utópica, esperanzada del corazón, del afecto, desde su complejidad, ambigüedad y conexión con toda la estructura cósmica y del proceso temporal de la vida, la incertidumbre y la comprensión de la condición humana en su contexto planetario.

Es preciso partir de este hecho: el afecto y las relaciones culturales nos socializan, cuando todavía no tenemos voluntad ni lenguaje. Y esa experiencia queda como referencia y sello de un origen que marca el futuro en una dirección. Cambiar socialmente requiere modificar el principio afectivo, relacional de la socialización primigenia. He ahí el límite y el horizonte vital que hay que romper para ser y ver otras dimensiones nuevas, inéditas, del contexto social y ecológico.

3. La posibilidad de entender la vida humana como proceso, cambiará el contenido histórico y el sentido de la socialización originaria

La cultura no puede ser un camino de resolución de conflictos, sino que hemos de replantearnos, ante todo, nuestro concepto de agente u actor social; y nos hemos de preguntar previamente a cualquier otra cuestión, quiénes son los sujetos sociales de verdad; quiénes tienen el poder y la soberanía popular y quiénes están dispuestos a cambiar las cosas que en la situación actual producen acontecimientos tan horribles. Entonces, sí podremos hablar de la cultura como una esperanza.

Desde una perspectiva de cambio, de imaginar efectivamente otra realidad, sí que merece la pena que nos detengamos a examinar cómo la cultura puede contribuir a este cambio desde la raíz.

He reflexionado constantemente acerca del cambio en la sociedad frente a un contexto sociocultural autoritario, vertical, opresor; un contexto en el que era frecuente y permitido los abusos de poder, las desigualdades, las injusticias, el silenciamiento de aquellas voces que expresaban una diferencia y la exclusión de una parte importante de la sociedad; la destrucción sistemática de toda diversidad tanto cultural como ecológica.

En estos años pasados he trabajado con todo tipo de grupos sociales, de múltiples ideologías y valores, oficios, profesiones y actividades y siempre he tropezado con la misma dificultad; también en gentes que muestran deseos de ser alternativas. La dificultad y el límite que siempre hemos encontrado es la prohibición implícita, y a veces hasta consciente, de superar los valores y el horizonte de su visión de la realidad aprendida afectivamente en la infancia; la defensa de la institución vital y primigenia; no mover aquello que los constituye como urdimbre, como trama de un estilo de relaciones y de afectos: las lealtades originales. He advertido siempre como una imposibilidad de abordar un cambio de raíz, de cultura, de ir más allá de los buenos deseos, de las buenas intenciones; pero sin modificar, material y simbólicamente, el fondo de cómo inicialmente hemos aprendido a ver el mundo.

Y es desde ahí que podemos observar que no basta ya hoy con decir no al sistema hegemónico ni a las injusticias, ni al silenciamiento de las víctimas o a la aniquilación de la diversidad.

Hacen falta propuestas: creatividad e imaginación para construir otra realidad. Pero el problema es que para la mayoría de las personas sus deseos de cambio no son viables por una sencilla razón: su instalación inconsciente en los valores hegemónicos del pasado en el mismo estilo cultural que quisiéramos cambiar. Lo mismo no se puede cambiar con lo mismo sino con lo diferente, con una novedad ideativa y práctica.

El cambio requiere, en nuestra interioridad imaginativa, novedad, otra perspectiva, otro horizonte.

La cultura en la que hemos sido socializados y que hoy actúa en nosotros inconsciente e implícitamente como obstáculo, es la reproducción, en últimas, de la misma cultura burocrática, autoritaria, abstracta e insolidaria que pretendemos rehacer. En consecuencia, nunca en la sociedad existe una sola cultura sino muchas y, con frecuencia, contrapuestas.

Las revoluciones sociales más nombradas han fracasado porque sus supuestos autores no se han preocupado de cambiar sus culturas previas ni las de sus seguidores revolucionarios.

¿Y qué cultura está impidiendo el cambio deseado?

Hay, pues, una cultura posible que puede solucionar nuestros conflictos sociales, pero al mismo tiempo, hay en nosotros otra cultura que lo impide. Se requiere un proceso de vaciado previo para que sea posible otra realidad.

El programa, en virtud del cual es viable que una cultura se constituya en nuestra esperanza, requiere cambiar la forma previa e inventar una nueva y desde presupuestos y valores diferentes.

Pero, ¿qué queremos decir prácticamente cuando nombramos la palabra cultura? Su nombre adquiere forma polisémica, paradójica y hasta contradictoria; pero veamos algunas propuestas que nos pueden servir de orientación.

La cultura concreta que nos habita es la fuente de nuestros proyectos, deseos e imaginaciones. Pero, ¿cómo es que la cultura puede tener tal peso y hasta un compromiso tan fuerte con nuestras opciones sociales y políticas?

Porque sólo podemos actuar, y de hecho así lo hacemos en nuestra cotidianidad, desde una cultura que hemos incorporado en nuestro proceso de socialización, en un momento en que todavía no nos era posible tener un control de nuestras ideas, u opiniones valorativas.

Simplemente fue por un proceso de relación afectiva por el que pasamos a formar parte de una comunidad social e histórica. La mayoría de las personas adquieren su socialización o aculturación sin la participación de su propia conciencia, por la mediación de diferentes instituciones políticas de una determinada sociedad: familia, religión, educación, medios de comunicación, etc.

Entonces, ¿qué se requiere para llevar a cabo, efectivamente, una alternativa a los poderes hegemónicos en cuyo contexto hemos sido educados política y afectivamente?

Tomar conciencia de que nuestros deseos, ideales o utopías, para realizarse han de cambiar la base material de nuestra existencia; pero también su estilo simbólico, sus imaginarios y, sobre todo, el concepto recibido de la otredad, del otro, como persona y sujeto de responsabilidad social; supone modificar todo nuestro proceso de socialización y el modo cómo hemos aprendido a interpretar la realidad de lo diferente y de lo diverso.

Las alternativas siempre vienen de los márgenes de la sociedad, de quien se siente y experimenta oprimido, tratado injustamente. Pero aún estos, han de cambiar su proceso de socialización para poder inventar y practicar otros valores.

La gente en su conjunto, como miembro de la Sociedad humana, es la fuente de la realidad histórica y social y el principio de la misma. Lo cual quiere decir que esta gente se atreve a pensar por cuenta propia, con una cierta audacia y riesgo; se atreve a cargar con el peso de la libertad de conciencia; no pone límites a su imaginación y tiene el atrevimiento de percibirse y sentirse sujeto responsable de la producción social. Pero, sobre todo, experimentarse parte activa y pasiva de la constitución y evolución del universo. De él recibimos nuestra riqueza imaginativa, nuestra energía y creatividad, por medio de nuestro soma que nos hace así bien reales.

4. Conclusión: la vida enfrentada a la indeterminación. La construcción azarosa del porvenir

a) Todos actuamos desde una cultura incorporada en nosotros vitalmente. Dicha cultura nos habita de forma implícita, ya que nuestro proceso de socialización se ha producido básicamente en una etapa de nuestra vida en que no nos era posible elegir, ni tener el control del entorno social ni voluntad propia.

b) Dicha cultura implícita, efecto de nuestro concreto proceso de socialización, condiciona nuestra visión del mundo, nuestros valores y, en general, nuestro comportamiento social, especialmente nuestra relación con la otredad, nuestra sensibilidad estética y social.

c) Dado que nuestra sociedad es una realidad fragmentada y plural, no única, convivimos simultáneamente con múltiples culturas. Lo que hace difícil tener una unidad de criterio, una concepción uniforme de la identidad, y una visión congruente de la situación.

d) La cultura originaria es previa a cualquier opción política, ideológica, a nuestra visión consciente del mundo, del otro y de nuestra sociedad.

e) De ahora en adelante ya no se podrá imponer un cambio de ideas, actitudes, etc., ni por la fuerza física ni moral; observamos también que la delegación como concepción de la democracia comienza a mostrarse ineficaz como método para organizar la convivencia. Lo cual nos muestra que sólo nos podemos organizar desde abajo, como miembros igualitarios de una sociedad, como sujetos históricos responsables de la producción social.

f) Lo que se opone a todo proyecto de cambio social es nuestra instalación material y simbólica en una cultura que desconocemos, aquella que hemos incorporado en nuestro proceso primigenio de socialización, como concreción del estilo de las relaciones sociales de una determinada historia política.

Hoy necesitamos inventar una cultura basada en la creatividad, en la memoria de las víctimas; de quienes sufren injustamente y de quienes han sido silenciados en la historia, de los diferentes. Y también entender al ser humano como fuente de recursos, de igualdad y de solidaridad.

g) Evidentemente que nuestro proceso de aculturación nos abre horizontes de realidad y sensibilidades; pero, a su vez, supone determinadas cegueras para lo diferente. Por eso mismo, es tan importante el diálogo intercultural como vía de combatir nuestras cegueras y enriquecernos con la diversidad cultural de los otros.

Si de verdad queremos otra sociedad hemos de afrontar y afirmar con imaginación que otro mundo es posible. Ello requiere aceptar la diversidad cultural de los pueblos, grupos y personas como su inmensa riqueza, y actuar desde una cultura de la creatividad.

En consecuencia, hoy ya no es suficiente decir NO, ni la crítica, ni ir CONTRA, ni la PROTESTA, ni el simple MANIFESTARSE. Los movimientos civiles, en desacuerdo con los procesos actuales de globalización especulativa y financiera, si quieren ser eficaces han de ser creativos y proponer alternativas viables. Desmontar su cultura originaria, previa, y dar paso creativamente a otra realidad. En definitiva, desentrañar el contenido pragmático y afectivo de los valores que hemos aprendido en el proceso de socialización, es una tarea muy semejante a la que hoy están haciendo los investigadores en referencia con el tema de la de-colonización. Entonces, podemos entender perfectamente lo que nos dice Walter Mignolo: «el pensamiento de-colonial es desobediente tanto epistémico como políticamente... Soy donde pienso». Por consiguiente, también puede decir que a la «globalización epistémica se responde con la desobediencia epistémica. Y ello lleva a otra opción de pensamiento y de acción que es la opción de-colonial». Y es así como ese mundo otro, no imperial, «se convierte en la morada de un ser que es donde piensa».

Hay una tarea urgente por hacer, deshilvanar los hilos de la madeja de nuestra mente hasta alcanzar la transparencia de nuestras ideas, sentimientos y emociones. Pero, sobre todo, de aquellos valores que dan sentido, consistencia y orientación a nuestra vida y han construido nuestra subjetividad, como conciencia de sí y de lo otro. Lo cual implica vivir enfrentado al riesgo, a la inseguridad y a la indeterminación; atreverse a construir de una forma azarosa nuestro porvenir de creencias y cultura.

DÓNOAN